

de las penas futuras, ¿pero quién le paga los sufrimientos pasados? ¿No tendrá derecho á acusar á sus jueces por remisos y á exigirles una compensación de los daños que injustamente le causaron?

Como esto sería imposible, yo declaro que, en el estado actual de los procedimientos judiciales, lo más humanitario sería decretar lo siguiente:

- 1.º Los gendarmes nunca se equivocan.
- 2.º El acusado de un delito es autor de él, aun cuando no lo sea.
- 3.º Al que haya estado en la cárcel, aunque sea inocente, se debe, por precaución, guardarlo en ella.
- 4.º No hay ningún inocente.



LOS HIJOS DE ESAS SEÑORAS.

Al Sr. Gobernador del Distrito.

Los moralistas sueltos que pasamos algunas horas diarias apostados en la peluquería de Micoló ó en la Tercena de la Profesa; los miembros de ese fabuloso Gran Galeoto que nuestros padres, menos huecos que nosotros, denominaron la murmuración, y que el Sr. Echegaray ha convertido en una bestia apocalíptica, agraciada con un nombre sonoro y extranjero, que significa mucho para aquellos que no han leído el Magaloni, solemos presenciar un espectáculo poco edificante, y que no titubeo en recomendar á la solicitud é inteligencia del Sr. Dr. Fernández. Yendo y viniendo eternamente como el Isaac Laquedem de la leyenda, pasan por esas calles desde la hora en que el alba apunta en el cielo de la alcoba hasta ya muy pasado el medio día, una docena de carruajes alquilones, ocupados por ciertas mujeres pálidas y enfermas que vienen de los hospitales de la Habana y van camino de San Juan de Dios. El hecho está bastante comprobado por la continua observación de todos los vagos, periodistas, ministros sin cartera y diputados sin curul, que arreglan la cuestión de Túnez y disertan sobre el suicidio del Sultán Abdul-Assiz, en los corrillos, obstruyendo el tránsito de los hombres ocupados y estorbando la fácil circulación en la vía pública. Nadie niega á esas pobres vivanderas del escuadrón volante de la galantería, el derecho de consumir la renta ajena en alquiler de coches elegantes—seis reales hora,—y en propinas amables á los con-

ductores. Pueden, sin que ninguno lo estorbe, distribuir sus sonrisas á una pandilla de cínicos que gratuitamente se denominan calaveras, y ostentar libremente la extravagancia de sus trajes, cuando van vestidas, ó la paradisiaca economía de sus batas domésticas. No quiero renovar en ellas la sañuda persecución que padecían los leprosos en la Edad Media, ni proscribir las de la República, tal como Platón desterraba de su país imaginario á los poetas. Pueden pararse á las puertas de los cafés y pedir, sin temor, al cantinero una copa de Málaga ó un vaso de anisado de Mallorca. No colgaremos escudillas sucias de los arbustos que hay en el camino, ni dispondremos grandes vasijas de barro á la puerta de las ciudades populosas, para que allí aplaquen su sed, lejos y separadas de la gente honesta. Pueden vivir en los hediondos caravanserrallos de los barrios, ó en los acolchonados gabinetes de las calles céntricas. Pueden pasar en coche por las calles, como transitan los carros llenos de basura. Pueden asistir noche á noche á las representaciones de la «Guerra Santa,» siempre que sus gestos, voces y ademanes, no provoquen escándalos ni perturben el orden del teatro. Tienen, pues, la suma de franquicias y derechos que disfruta el jugador reconocido como tal, el huésped de la cárcel después de haber cumplido su condena, el ladrón en depósito y el asesino doméstico. Están bajo la vigilancia cuidadosa de la policía, como las calles apartadas y los sitios de mala fama; pero tienen derecho de transitar por la vía pública que les pertenece; de ir al teatro pagando su boleto; de leer diarios y visitar á las modistas. La cordura, no desmentida nunca, del Sr. Gobernador del Distrito, les ha marcado ya la esfera de sus libertades, estableciendo un cordón sanitario que á gritos pedía la sociedad, cansada de insolencias.

Mas por las portezuelas de esos coches y junto á las cabezas desgreñadas de esas señoras, suelen asomar algunas cabecitas rubias y pequeñas que piden la protección de la sociedad é indignan muy justamente al pensador. Algunas de esas mujeres, por una equivocación imperdonable de la naturaleza, son madres. Esta es, sin duda, una fatalidad que no podemos nosotros impedir, y que, por consiguiente, escapa á la discreta solicitud del gobernante. Es un hecho fatal, é irremediable como la peste, el huracán y el rayo. Para evitar esta generación de seres ponzoñosos, no podemos secar un nuevo Ganges ni hacer un desagüe parcial en las lagunas pontinas. Peor que el cólera y las tercianas, la enfermedad de que hablo resiste á

todos los antídotos y escapa á las prolijas investigaciones del Dr. Carmona y Valle.

Pero—una vez nacidos,—esos pequeños seres inofensivos é indefensos que nada han hecho para nacer ni han cometido crimen de ninguna clase para ser penados con una sentencia de vida, caen bajo la acción de la sociedad que tiene el deber estricto de protegerlos y ampararlos. Todas las sociedades de filántropos se habrían estremecido de indignación si algún Gobierno hubiera creado una escuela de primeras letras dentro de un lazareto ó un asilo de la infancia en el mismo edificio destinado para servir de hospital á los apestados de Jaffa. El caso es absolutamente idéntico: ¿con qué razón toleramos y consentimos un contagio moral, más pernicioso incuestionablemente que el contagio físico? ¿Qué ley ha autorizado esos planteles de prostitución, esas escuelas primarias del vicio? La sociedad, que no puede impedir á la mujer de mala vida, que sea madre, tiene la obligación de arrebatarle á esas criaturas infelices, dotadas de entendimiento y sensibilidad como nosotros, dispuestas lo mismo para el bien que para el mal, prontas á recibir la educación que se les dé, así como recibe la tierra el grano que el sembrador deposita en ella.

Pero la sociedad no tiene, de seguro, facultades para imponer á esas criaturas un oficio infame; no tiene facultades para abrir albañiles permanentes en los patios de las casas, con la sana intención de envenenar á los vecinos, ni de poner revólvers y puñales en la mano de los locos. Yo, ciudadano, conozco y cumplo con el escrúpulo de un buen burgués de Londres, mis deberes: pago al Erario por la casa que ocupo, por los alimentos con que me nutro, por el traje que me visto y los tabacos que me fumo. Pongo un timbre en cada uno de los recibos que presento, sin recurrir para ello al expediente que usan otros arrancando esos timbres á los pomos de opoponax y á las botellas de kananga. Yo contribuyo, pues, en la pequeña esfera de mis posibilidades, al mantenimiento de esa entidad superior que se llama Gobierno, y que yo estimo necesaria para el mantenimiento de la sociedad. Pago los entorchados del general, el bastón del prefecto y el garrote del gendarme. Mas en cambio de estos deberes que yo cumplo sin replicar y con la minuciosidad de un puritano, adquiero á poco precio verdaderamente una suma considerable de derechos. Mediante esa cuestación y esos servicios insignificantes, poseo diversos privilegios: un policía vigila en la esquina de la calle para evitarme el gasto de adquirir una pistola y los remordimientos de

un asesinato; á pocos pasos de mi casa está la bomba preparada para el caso siniestro de un incendio; si algún estafador pillá mi hacienda, tengo diversos tribunales instituídos por el Gobierno, que me harán justicia; si algún extranjero quiere venir á arrebatarme lo que es mío, tengo en mi defensa un ejército compuesto de treinta ó cuarenta mil soldados, que me ahorrarán los sobresaltos y las tareas de la campaña. Gozo, pues, mediante las pequeñas cantidades que erogo y los pequeños servicios que se me demandan, de una suma de bienes muy considerable; y si el Ayuntamiento cuida de embanquetar las calles y de encender faroles; si el Superior Consejo de Salubridad visita todas las fábricas y tiendas para evitar que haya achicorias en el café con que me desayuno, y trichina en la tajada de jamón con que almuerzo, nada más tengo que pedir, y me sujeto con verdadera complacencia al suave yugo de un Gobierno que me cuesta muy poco y me produce mucho.

Pero hay un sér, que todavía no es ciudadano, que no paga contribuciones al Gobierno, ni es hábil para el servicio de las armas, y que, sin embargo, debe ser amparado y protegido del modo más extenso y generoso: el niño. Nosotros, que le traemos á la vida, estamos obligados, sin remedio, á proteger su debilidad como algún otro protegió la nuestra. Es una simple deuda que pagamos. Respondemos al porvenir de esas cabezas rubias y de esos enclenques cuerpecitos.

Para eso, se me dirá, funda el Estado escuelas y colegios; porque el Estado instruye, la madre sólo educa. Pero, ahora bien, los colegios de párvulos y las escuelas para adultos, no bastan para proteger á esa niñez, que tal como el rocío, lo mismo cae sobre las flores que en los charcos de lodo y los pantanos. El vicio arroja anualmente á la vida un número considerable de infelices criaturas que están destinadas á llevar un apellido común, como los hospicianos llevan el mismo uniforme. La ley, que castiga al falso monedero que pone en la circulación onzas y pesos contrahechos, es algo complaciente con estos padres miserables que ponen á sus hijos en la mitad del arroyo ó en el torno de algún orfanatorio. Pero hay más aún: el vicio, que suele ser más perverso y desalmado, no arranca, en ocasiones, al recién nacido de los brazos de su madre. Le deja allí para educarlo, ó mejor dicho, para prostituírlo. Surge aquí la dificultad de que he venido hablando. El Estado tiene más interés, que los padres mismos, en educar bien á los niños — dice Juan Jacobo. — Pues

el Estado, entonces, no puede ni debe consentir que la mujer de mala vida, la hetaira que juega con cartas revisadas por la Inspección de Policía, use del privilegio santo que Dios y la sociedad han concedido á la mujer para que infunda su alma y transmita su pensamiento al hijo que ha engendrado. No puede consentirlo, como el Consejo Superior de Salubridad no puede permitir que se repartan carnes triquinosas á los presos y que se expendan hongos venenosos. Esa mujer no tiene derecho alguno de ser madre, no, porque ser madre, no es simplemente dar á luz una criatura dotada de carazón y de cerebro, ser madre es ejercer ese divino sacerdocio que consiste en formar un ciudadano varonil para la patria, ó una mujer honrada para la familia. En este sentido, la que ha adoptado algún oficio infame, la mujer de la calle, no tiene derecho alguno de ser madre. Es simplemente una hembra que procrea.

La Sociedad, que no está facultada para establecer ninguna dinastía de infamia, ni para perpetuar razas dañinas, aparta al sér pequeño é inocente del cuerpo gangrenado y ponzoñoso. Se hace lo mismo que en las familias cuando el tifus se apodera de alguno de sus miembros: se abren los balcones y se despide á los niños. La Patria, entonces, es la madre serena é impecable que suple á la otra madre desgraciada y pecadora. Es una madre triste, que no tiene boca para besar, que no acaricia, que no abraza, que no llora; pero que no envilece, ni prostituye, ni avergüenza.

Supongamos, — no es mucho suponer, — que una ordenanza del Gobernador nos llama, hoy ó mañana, á los salones del jurado. Se trata de juzgar á una mujer que ha cometido un crimen de esta ó la otra clase, que ha matado á su amante ó ha puesto fuego á alguna casa. La acusada no se defiende, está convicta, está confesa, merece, pues, ser sentenciada por nosotros, que somos invulnerables y perfectos como jueces. Pero esa infeliz, ya sucia y maculada por todos los lodos de la calle, se levanta y dice:

— Es cierto; soy culpable, he robado, he matado ó he incendiado; pero la urraca roba, las panteras matan y las llamas queman sin que ninguno piense en castigarlas. Yo tomé los varios y complicados elementos de mi ser moral y físico en la atmósfera ambiente que me diste. Nací en un baile, fuí bautizada con champagne y me dieron la educación y el pan en una casa vigilada por la policía. En aquel aire, emponzoñado por las malas palabras y por el humo del cigarro, no batían sus alas de oro esas abejas que fueron á beber su miel

preciosa en las flores celestes del altar ó en las páginas blancas de la Biblioteca. Mi madre no sabía leer, ni me enseñó á rezar. Presenció, desde niña, ejemplos malos, y todas las pasiones bajas y perversas se fueron cristalizando dentro de mi espíritu, hasta formar, como una prisma, mi carácter propio. No podía defenderme, como los niños de Siam, robados por un oso, no pudieron, tampoco, defenderse de sus garras. Desarrollaron adrede, en mi naturaleza, todos los instintos animales. ¿En dónde estaba el preceptor que debió darme la noción de lo bueno y de lo bello? Así crecí, como las yerbas crecen en el campo, tomando su perfume ó su veneno del terreno en que enredan sus raíces. No me inculcaron el amor saludable del trabajo; no sabía hacer nada; no tenía voluntad ni pensamiento. ¿Todo por qué? ¿Cuál era mi delito? ¿A quién pude ofender tan despiadadamente para que mereciera tal castigo? A nadie, ciertamente. Pues bien: ¿por qué exigís en mí sentimientos morales? ¿Por qué me condenáis? Lanzad á un hombre desde lo alto de una torre y mandadle en seguida que no caiga. Poned un grande ejército dentro de las murallas de una ciudad que está apestada por el cólera, prohibidle que se contagie y fusilad á los que no obedezcan.—

Si la acusada hablara de este modo, no se si yo podría, en conciencia, condenarla. Ahora bien, yo puedo, hoy ó mañana, ser juzgado, no quiero verme en tal extremo, ni consentir que los reos me juzguen; salvo, pues, mi conciencia, señalando el abuso y pidiendo, en justicia, su remedio. Pidamos compasión para esas cabecitas rubias que solemos mirar en las ventanas de ciertas casas y en las portezuelas de ciertos coches. Venturosamente tenemos, en el Gobierno del Distrito, á un hombre probo y entendido, en quien encuentran eco todas las quejas justas y de quien parten todas las medidas salvadoras.



EL SIMBOLO NACIONAL

Dioses impotentes.—La Virgen de Guadalupe.
—Las opresiones del capital y la ignorancia.—El ayate y la túnica morada.

Es necesario tener muy delicada pluma para escribir la historia de las tradiciones religiosas, para contar la vida de esas hadas consoladoras de la humanidad. Se detiene el aliento delante de ellas como delante de esas irisadas burbujas de agua y de jabón que los niños lanzan al aire. Y también aquellas, como éstas, transparentan el cielo. Leemos sin emocionarnos la *Historia de las Virgenes* de Jaccollot; tiene para nosotros valor literario, valor histórico, pero no tiene lo que podría llamarse valor de familia. En cambio, esos libros piadosos que nos leían nuestros cristianos padres en la víspera de los días de fiesta, la *Vida de la Virgen*, escrita por el abate Orsini, *Cuadro poético de los Sacramentos*, del Visconde de Walsh, el *Genio del Cristianismo* y varios otros libros que no podemos vender aun cuando estemos pobres, porque están dobladas sus hojas por las manos más queridas y que ya muchos no podemos besar, hablan á nuestra memoria y á nuestro corazón con exquisita elocuencia; nos hablan de lo que ellos hablan y de lo que nosotros oímos muy adentro cuando todo lo que nos rodea queda en silencio. La Virgen de Guadalupe es para nosotros un símbolo de familia y un símbolo nacional. El pobre indio estaba huérfano de todo cuando ella apareció. Le habían quitado sus propiedades, sus mujeres, sus hijos, habían acuchillado á sus padres, y no podía ya creer en los dioses que presenciaron impasibles el exterminio de su pueblo, y que sufrieron con

impotente resignación los ultrajes de la soldadesca ebria de Cortés. No, no podía amar ya aquellos dioses ingratos, á aquellas divinidades prostitutas que se iban también con los hombres blancos. No, no eran dioses. Tenían de veras corazones de piedra. En los más creyentes, en los más abnegados, en los que se creían merecedores de castigo y disculpaban la celeste ira ó el egoísmo, persistía aun el amor á los númenes vencidos, pero ya de otra naturaleza. El dios no protegía al indio, no era el omnipotente ni el temible: el indio amparaba al dios guardándolo en lo más secreto y recóndito de su hogar, enterrándolo, llevándolo en brazos por las montañas inaccesibles para el conquistador y por las vastas soledades.

Lo amaba el indio, pero con amor compasivo, como se ama al que está en desgracia, al padre que cometió una falta y que por ella sufre, á la débil mujer, al indefenso niño. ¿Qué habrían de esperar de los dioses los protectores de los dioses?

Pero es el caso que tampoco podían amar los indios á las divinidades extranjeras. Eran los númenes airados, implacables, vengativos que habían assolado sus tierras é incendiado sus casas. Serían poderosos. Pero no podían parecerles buenos. Los misioneros de afable aspecto y blanda voz procuraban, es cierto, disculpar á los conquistadores y decían al indígena que ni Jesús, ni la Virgen, ni los santos habían sido cómplices en aquellas atrocidades. Pero aunque el misionero era muy bueno, aunque el indio le llamaba padre fácilmente, siempre echaba éste de ver que no pertenecía á su propia raza, y que el Crucificado y las demás imágenes de aquellos frailes franciscanos eran también de otro color y hablaban, con los ojos, otra lengua. No poder creer ya en unos ni amar á los otros todavía, tal era la condición del pobre indio.

A la Virgen de Guadalupe sí pudo amarla desde el primer momento. El primero con quien ella habló fué Juan Diego, como para decirle: Yo no vengo en son de conquista, á mí no me trajo ningún soldado en la mochila, no me presento impuesta por el Arzobispo ni por el Virrey. Sé que ésta es tu casa, por más que los extranjeros te hayan echado de ella y reducido á servidumbre. Por eso á tí, que estás muy pobre, me dirijo para decirte que deseo vivir con vosotros. Te saludo en tu idioma, y mira, me parezco á aquella india muy bonita y bondadosa que se unió con tu padre para darte el ser, á aquella que murió de pena cuando los españoles le quitaron su heredad!

Y para que más lo creyera se escondió en su ayate. Caviloso era el indio, suspicaz, temió que lo engañaran y resistióse mucho á ir al Arzobispado. Pero fué al fin y ¡qué regocijo para él! ¡A él, no al prelado, hizo el milagro aquella hermosa Señora! No la tenía el Arzobispo en su vestidura morada, la tenía él en su tilma!

Aquella raza arrodillada necesitaba tener una divinidad delante, y la tuvo desde entonces.

Allá en aquel templo encuentran los indios algo de su patria perdida, allá recuerdan é imitan las danzas de sus antepasados, allá se encuentran como en hogar suyo que, por gracia, abren á los extranjeros. Si ven á un español arrodillado frente á la Imagen de Guadalupe, sienten satisfecho su amor propio. Ellos le dieron esa protectora, y si ésta atiende las preces del español, si le otorga la merced que pide, á ellos lo deberá.

Irrevocablemente ha sido y es un símbolo de nacionalidad, de independencia, de patria, esta Imagen. Cuando la guerra de insurgencia intervenían en la lucha, así como los dioses contrariados se mezclaban en las pugnas de griegos y troyanos, vírgenes antagonistas. El cura Hidalgo, que vivía cerca de los indios y que conocía el curso que siguen las ocultas corrientes de sus cariños, tuvo una idea genial: la de escoger por estandarte la Imagen Guadalupeana. La insurgencia fué popular, levantó á las masas, inflamó á las almas, porque la animaban dos fuerzas poderosas: la fuerza de la fe y la fuerza intensa de una gran necesidad económica. Tuvo, pues, los caracteres de una de esas grandes guerras religiosas que aun suelen incendiar los países del pasado, y los de una guerra económica, de una guerra por hambre como la que amenaza ahora á Europa. *¡A matar españoles!* es decir, á repartirse sus bienes, á vengarse del amo duro, del hacendado avaro, á tomar desquite de los azotes y la tlaxiquera.

¡Y arriba, en el estandarte, la imagen de la Virgen mexicana capitaneando, autorizando aquella guerra contra los hombres injustos y los crueles númenes extraños! No había realmente en la guerra de insurgencia lucha de dos credos religiosos diferentes ó antagonicos, pero sí pugna entre dos catolicismos por decirlo así: el catolicismo del inquisidor, que excomulgaba, y el catolicismo del cura que era excomulgado; entre el catolicismo del propietario, del amo, y el catolicismo del siervo.

La Virgen de Guadalupe simbolizaba la religión de los naturales

oprimidos; ella no fué agraciada con títulos militares por el poder virreynal, como la Virgen de los Remedios; ella era toda india y toda para el indio. Al ver su imagen en la bandera flameante alzábanse las chusmas, acrecíanse, sospechando tal vez que aquella compasiva y buena protectora estaba también vejada y perseguida como ellos. Para acentuar el carácter religioso de este enérgico levantamiento popular, debe tenerse en cuenta asimismo que sus principales caudillos eran sacerdotes, curas de pueblo, en quienes ve la gente sencilla, personificada la religión. Ellos se rebelaban contra sus preladados y superiores, porque veían de cerca la injusticia, porque sus curatos y sus templos eran los asilos únicos del indio. El clero alto, los primates, con el español; el clero bajo, los humildes, curas, con el indio. De aquí la excisión que dió carácter religioso á la insurgencia: excisión que empezó á marcarse desde la Conquista con la lucha entre el catolicismo de Cortés y el catolicismo de los misioneros.

Los que niegan el milagro de la Aparición, asientan que fué inventado por los españoles para dominar mejor al indio. Pues el milagro entonces consistió en que, sin quererlo, dieron al indio un gran consuelo, con el consuelo esperanza, con la esperanza energía, y con la energía aptitud para vencer.

Transcurridos años, siglos, la fé en la Virgen de Guadalupe persiste aún como la esperanza en el enfermo. Todavía es protectora de los oprimidos, porque la opresión del capital y la presión de la ignorancia son eternas. Todavía el amo es duro, el capataz azota. . . y se escucha rumor de látigo como si fueran éstos culebras que silbaran en el aire! Y todavía la Reina apiñonada sonrío, prometiendo remediar los males y abrir las puertas de otro mundo en el que no hay siervos ni señores.

En el culto del indio hay mucho de idolátrico — se dice. Es verdad. Pero la oración siempre es oración cuando se exhala de una fe, como de la rosa el perfume, ó cuando brota de un dolor, como el llanto brota de los ojos. Hay ideales superiores é ideales inferiores, pero es bueno para conllevar el dolor todo ideal. El indio ve así, ama así; no ve ni ama sino lo que le presentan de bulto. No podemos abstraerlo á la influencia ancestral; tiene por fuerza que reví-

vir algunos de sus ritos, como esas danzas con que cree halagar y complacer á la madre de Dios.

Tiene que ser de su raza como el árbol es de la tierra en que enraiza.

¿Acaso el civilizado puede fácilmente remontarse á un concepto puro y netamente inmaterial de la Divinidad? ¿Tenemos ojos que vean fuera del tiempo y el espacio? La gran fuerza del cristianismo consiste principalmente en que aceptó la humanidad, y en que su Dios se hizo carne, se hizo hombre para que lo viéramos.

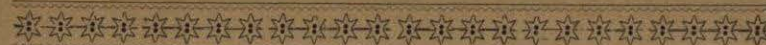
En el indio estos retoños y renuevos de idolatría son imborrables. Su raza, que no tiene ya virtualidad para vencer en la lucha por la existencia, morirá con ellos más ó menos atenuados. Sobrevivirán grupos, individualidades, reproduciéndose incrustados ya, en otras razas; pero la masa oscura y densa va hundiéndose en el tiempo como parece que al romper el día se hunde la noche en el mar.

¡Buena Virgen la que ha sido madre de todos esos huérfanos de todo! ¡Buena Virgen la que aún ayuda amorosamente á bien morir á una raza agonizante y relegada al hospital!

En el mismo incrédulo, su nombre suena bien porque significa amparo al desvalido, protesta contra el abuso, idea de libertad. Y si el incrédulo nació de padres cristianos, ese nombre representará también para él todo un orden de hermosas ideas que ya pasaron, y que, por lo mismo, juntan á su intrínseca poesía, la poesía de lo ido. ¿No hay acaso perfume en un ramo de rosas marchitas que ya para los demás no exhala olor? Ese perfume no está en el aire, pero sí en la atmósfera del alma; á la Virgen de Guadalupe se asocia la idea riente de la niñez. . . esa niñez que se ríe más mientras se aleja de nosotros. La madre nos enseñó á amar á esa Virgen afable, y por eso aun el que no crea en su aparición ni en su existencia suprasensible, tendrá siempre de quererla. En esa Imagen se reúnen para todos, ó casi todos, muchísimas imágenes. Hay muchos ateos, y ya viejos, ya curados del vahido poético de la juventud, que ven todavía con cariño y ternura una rugada estampita de esa Virgen. Ella fué la confidente de nuestros padres que para nosotros le pidieron bienes.

La noche de la incredulidad respeta algunas estrellas dejándolas que brillen á incalculable distancia de los hombres.

Y esa del Tepeyac es una de ellas.



EL CULTO A LOS ANTEPASADOS.

La génesis del principio que nos mueve, por manera invencible, á concatenar un hecho á otro actual, anterior ó subsecuente, es tan remota como la de la asociación de las ideas, cifra y resumen de toda la psicología, así como aquella asociación de los sucesos, resumen y cifra es de toda la Historia. No hay hechos aislados; no hay hechos infecundos; todos reconocen progenie y llevan germen; todos se eslabonan en el conjunto de la humana evolución; todos persisten ó perduran transformándose en contínuas, inacabables metamorfosis. Percibe el hombre la sensación actual, y á la vez guarda, acopia y almacena las sensaciones recibidas, y unas y otras circulan por el cerebro, tumultuando á las veces, por sus intrínsecos antagonismos, enredándose en curvas serpentinadas, perdiendo, por el constante roce, algo primero y luego mucho de sí propias, hasta que al fin se agrupan y hacen vida común, quieta y prolífica. Surgen rebeldes los sucesos en la Historia, al parecer sin disciplina, fulminantes é imprevistos; pero corren los siglos, semejanzas y parentescos se acentúan, recónditas afinidades se revelan, y el hecho que pareciera insólito resulta eslabón fatal y necesario de la cadena cuyas dos extremidades siempre serán desconocidas para el hombre; y entonces el historiador que generaliza y filosofa, no el analista que enumera y narra, junta el hecho al hecho, los asocia, escruta el común origen y la ley de varios grupos, establece la filiación de éstos y aquéllos, compara las trayectorias de unos y

otros, y lo que fué para contemporáneos del fenómeno, parecido á masa errática de súbita y deslumbrante ó pavorosa aparición, queda englobado en las supremas síntesis, como parte integrante, irremplazable, de la totalidad que casi forma un cuerpo orgánico. Se reducen entonces aun los antagonismos que más irreducibles parecieran, y se descubren los antes invisibles vínculos que ligan un suceso á otro suceso. El lino se abarata y el papel substituye al pergamino, demasiado costoso para vulgarizar las obras de la imprenta; crecida ésta y robusta, va esparciendo las grandes bellezas de la antigüedad, las sabias enseñanzas del renacimiento. ¡Y tras la baratura del lino, cuántos hechos indispensables para determinarla y producirla! ¡Y delante del prodigioso hallazgo de la imprenta, qué regueros de soles y de mundos! Nada se pierde en el espacio, ni en el tiempo. Todo se modifica, se condiciona y se transforma en la materia y el espíritu!

De aquí el fundamento racional del culto á los antepasados, culto santo cuando convive con el anhelo perenne de perfeccionamiento, cuando no se resuelve en la yerta pasividad de una raza abajada, ni es el incienso, el humo de la voluntad ya casi extinta, en los éxtasis de la vida contemplativa! El culto á los ancianos que nos precedieron noblemente; el culto á los augustos, á los inmortales, no sólo es don de gratitud y amor, sino estímulo y fuerza. No venimos á ser lo que ellos fueron, pero debemos ser como ellos eran! No se detiene la corriente del progreso, y por lo mismo, no se troncha ni se corta. Halla una roca, y por encima de ella salta. Encuentra una montaña, y la taladra. Y sigue, acrece su caudal, y siempre es una.

Calumnian á la juventud los que la creen detestadora de sus grandes progenitores. Pero no son ellos los que la condenan por insubmisión y por irrespetuosa, no; son los que nada han hecho y bien hallados con la inercia llaman culto á la postración de la energía, á la somnolencia del espíritu, á la pasividad del fakir, absorto en la contemplación del propio ser; son los que niegan el progreso, renunciando al movimiento; son los que sin bríos ni fuerzas para caminar, se tienden á la vera del camino. Precisamente, lo que caracterizó á aquellos hombres del pasado fué la acción; acción sin tregua, acción sin miedos, acción eternamente procreadora. ¡Qué montañas removieron! ¡A cuán audaces y temerosas aventuras se lanzaron! Jamás podríamos compararnos á ellos, porque nada igual,

ni por lo temerario ni por lo fecundo, hemos siquiera acometido. Esos antepasados inmortales vieron surgir del piélagos desconocido las constelaciones nuevas, como obedientes á conjuro de ellos; esos antepasados inmortales arrancaron un nuevo mundo al mar ignoto. ¿Y cómo los héroes de la voluntad habían de querer en sus hijos y continuadores la renuncia al trabajo, la quietud monástica, la estéril veneración, la anquilosis del ser? La función ingente y gloriosa de esos hombres llena un período histórico, pero no toda la historia. No fueron ricos para hacer hijos holgazanes. No se propusieron formar castas de vestales, sino generaciones de animosos luchadores. El dios es sagrado; pero el sacerdote que vive del culto al dios, el que engaña á sabiendas y funge de oráculo ante el pueblo, es despreciable. Otras fuerzas, vinculadas á fuerzas anteriores, vienen á operar en campos nuevos: he aquí todo.

No: una juventud educada por métodos científicos no puede considerarse desprendida de la vida atávica; no puede tenerse por fenómeno milagroso de generación espontánea; es un resultado y no un principio, es una continuación y no un comienzo. Pide ejemplo, estímulo, energía, á la voluntad inquebrantable, á la abnegación, á la viril pujanza de aquellos que la enseñaron á ser libre; pero oye, como éstos oyeron la voz clamante de las nuevas necesidades que se levantan y ya hablan. No fía en la plegaria sino en la acción. Y se arrodilla ante el altar del héroe, pero se yergue entera ante la vida.

Lo que no admite es héroes por herencia, pergaminos constitucionales, la revedad de vástagos raquíuticos y entecos, el imperio del hongo. La dinastía subsiste y se prolonga; pero subsiste y se prolonga por la virtud del trabajo. Podrá haber malos hijos, hijos soberbios, hijos aturdidos; pero de cierto esos no forman la juventud que reconociendo y venerando á los antepasados, no hace voto de clausura, ni voto de castidad que le vede crear, ni voto de pobreza. A todos los que han luchado por la libertad y la patria les admira; á todos los que quieran ayudarla en sus empresas, les acoge; al que se aísla, al que se entrega á la contemplación, al que se encierra en Yuste, le abandona. La corriente no se interrumpe, ni se corta separándose, ni retrocede acobardada: marcha siempre.





EL HOMBRE NUEVO.

Para oponerlo al «hombre necesario» han inventado ciertos escritores esta entidad: «el hombre nuevo.»

El «hombre necesario» es también creación de los mismos articulistas, cuyos procedimientos se parecen tanto á los de malos dramaturgos. Necesitaban un traidor, un embozado, un verdugo, un dux, un consejo de los diez, é inventaron todo eso para poder seguir desempeñando papeles de Massaniello ó de Padilla. El «hombre necesario,» tal como ellos le comprenden, es simplemente una creación dramática. Existe en determinado momento histórico, así como en determinado instante es necesario un hombre para que dé el ser á otro; pero no existe inmóvil, irreducible, monolítico en la sucesión de los tiempos porque, ó muda con ellos, avanzando, y siempre á la cabeza del movimiento progresivo, como hasta hoy ha acaecido con el Sr. General Díaz, ó rezagado, atrás se queda; y entonees otro le reemplaza, deja de ser necesario; y aunque mucho se le deba, el pueblo hace justicia al dejarle desposeído del mandato que le dió, porque obedece á la ley suprema de la vida, superior á toda otra, y consciente ó inconscientemente, salva la suerte suya y la de las generaciones venideras, no sacrificándolas á cultos píos ni á venerandas gratitudes. Le alzarán estatuas, mausoleos, pirámides que conmemoren y simbolicen el minuto de su desarrollo en la historia que requirió el esfuerzo de aquel hombre ó lo aprovechó fortuitamente; pero esos honores póstumos — por más que viva quien los haya me-

recido, — no empecen que el instinto de la propia conservación, indispensable para la más trascendente de la especie, se sobreponga á todo linaje de consideraciones y triunfe y venza, pareciendo ingrato al pronto: porque la vida no abdica ni hace la voluntad votos perpetuos.

El hombre necesario existe en política como en todo; pero condicionado por el tiempo y por el medio, ó para hablar llanamente, por las circunstancias; y no hay que temerle, porque fatalmente desaparece con la necesidad que lo creó. Es una virtualidad que emana de la masa toda y se condensa en él, como se condensaron en Juárez la resistencia de la nación y la energía del pueblo, cuando extranjeros le impusieron un imperio.

El «hombre nuevo» sí no existe en política. Este ha salido de la redoma de un alquimista, ó fué acaso concebido en el éxtasis de un milenario. Este pertenece al orden de los seres místicos: será un Mesías esperado por los judaizantes de la prensa, para que á ellos les redima de esperarle, pero estando fuera de la humanidad, se embebe en lo incognoscible y no podremos nunca definirle. Está bien que San Agustín ponga su «Ciudad Santa» al amparo del *Dios desconocido*; pero las ciudades y los pueblos que de santidad no presumen y á crecer aspiran, imposible es que fien sus destinos y su vida á esa borrosa incógnita de lo incondicionado.

Preparen los esperanzados en promesas mesiánicas, el establo que servirá de albergue á ese niño Dios de la política: la sociedad lucha por la vida y no permanece en estéril oración ante los santones, ni ociosa aguarda á que el cielo la envíe, para su dicha, un sobrenatural recién nacido.

¿Qué se connota con esta frase: «un hombre nuevo»? Pues el hombre nuevo es un niño. Démosle toda la extensión que dan al concepto encerrado en esas tres simbólicas palabras los periodistas aludidos: el hombre nuevo es aquel que no haya ejercido el poder ni esté afiliado á los partidos ó agrupaciones preponderantes. Aun así, resulta niño el hombre nuevo, porque, si no le suponemos investido de poderes extra-humanos, si no es un dios hecho carne, fuerza será convenir en que ese hombre nuevo ignorará del todo las necesidades del país, y habrá de menester padres ó tutores y maestros que guíen sus primeros pasos. El hombre nuevo, en fin de cuentas, será un holgazán, un cobarde, un impotente, una nulidad, un cualquiera, pues de no ser así, habría dejado de ser «nuevo» probando sus

fuerzas en la lucha y dando á conocer las excepcionales facultades de que está dotado.

El pueblo no anda en busca de virginidades para que lo gobiernen; el pueblo sabe, sin necesidad de ser adoctrinado por alguno, que los hombres nuevos son los inexpertos ó los nulos, y que unos y otros están incapacitados para gobernar. Precisamente, y en todas partes del mundo, las glorias conquistadas, los talentos notorios, los antecedentes históricos, la pericia administrativa contraída, los amigos ganados, la experiencia que da el tiempo nada más, son lo que afianza el prestigio y crédito de un gobernante. No será un monago sucesor de León XIII, ni fué un cadete el sucesor de Bismarck.

Acaso los autores del «hombre nuevo» llámanle así por eufemismo: tal vez aluden á los hombres viejos que, por culpa de los años, van volviendo ya á ser niños. Pero entonces, declaren con franqueza que proponen para gobernante un hombre náufrago. El que se ahoga en política, ó es porque se arroja al agua ó porque no sabe nadar: ó suicida, ó inútil. El que se va á la Tebaida, dimite. Ese conoce lealmente que no tiene fuerza propia, ó con falta de patriotismo y de energía, declara que prefiere la holganza á la noble contienda por la patria. Ese no es un hombre nuevo, sino un hombre gastado.

Sobre Juárez, vinieron la reacción, Inglaterra, España, Francia . . . y Juárez no borró un solo instante su personalidad en nuestra historia, porque era una energía, porque era una fuerza. A estos hombres confían sus destinos las naciones, porque en la lucha política, como en toda expresión de la lucha por la vida, el más apto es el que triunfa, y no al contemplativo, no al débil, no al eremita ó egoísta, no al wamba, que se acoge al retiro monástico, y desde allí exclama, con resignación de musulmán, á semejanza de Boabdil el Chico: ¡Dios lo quiso!

Incesante es la acción que han ejercido en la política española D. Manuel Ruiz Zorrilla, Salmerón y Pi Margall; y no se han opacado por dengues del poder, por esquivances de la suerte, ni por destierros, ni por encarcelamientos, ni por formidables amenazas: su influencia viva está, y por eso ellos viven. ¿Tenía Gambetta á la suerte de aliada, cuando luchó contra el imperio napoleónico? ¿La tuvo Parnell combatiendo por las libertades de Irlanda? No, seguramente. Pero los grandes caracteres no abdicar: cuando Carlos V se fué á Yuste, ya no era Carlos V.

Consintamos, por un momento, en que llamen hombres nuevos

á esos que han envejecido en obstinada juventud de espíritu, á esos que son viejos en la brega y que, siempre animosos, desafiaron ó desafían la suerte adversa, los anatemas y las persecuciones del poder. ¿Cuál de esos *hombres nuevos* puede citársenos ahora como capaz de entrar en lisa? Cuando la influencia del político no se externa, ya él, como político, no existe. O pasó el momento en que fué útil, necesario acaso, ó perdió la virtualidad que le dió vida. Muerto, vaya su momia al hipogeo con toda pompa; vivo, vaya él á Yuste á componer relojes. Pero no puede alzarse la candidatura de una momia ni pretenderse que entre en lid un pobre enfermo.

Por ahí, pues, por los confines del pasado, no hay ningún hombre nuevo. Los veteranos de la libertad, los que no han perdido su denuedo ni su patriotismo, los que no se engríen con el ocio ó, por maltrechos se retiran del combate, están al lado del señor General Díaz, pues, si no lo estuvieran, diríanlo con patriótica energía, so pena de pasar por afeminados ó caducos.

¿Cuál es, en consecuencia, el hombre nuevo? ¿El que nada ha hecho, el desconocido, el Juan Diego ó Juan Lanás, que aguarda alguna sobrenatural revelación? Como ese habrá muchos; pero la Nación no es una prostituta que se va de bracero con el primer desconocido á quien encuentra. Definamos:

El hombre necesario es un hombre á quien necesitan ciertos periodistas para escribir editoriales. El hombre nuevo es un viejo inservible ó un muchacho de escuela.



LA PIEDAD SUPREMA.

Hay un monstruo que devora más víctimas que el fabuloso toro de Creta; un monstruo que, á modo de los vampiros, chupa la sangre de los niños, desgarrá el pecho de los cazadores, como el tigre, y pasea por una alfombra de osamentas humanas, como el rinoceronte que se venera en la isla Java. Este monstruo es la compasión. Como el gato de los egipcios, este monstruo tiene porción de adoradores y fanáticos que peroran esforzadamente en la tribuna, se estremecen de indignación en los corrillos y escriben sueltos en los diarios: cuenta con ejércitos disciplinados y provistos de armas; con grandes máquinas destructoras, arietes, cañones Krupp, torpedos, ametralladoras y hasta editoriales. En nombre de ese dios que se nutre de carne humana y bebe sangre fresca, se perdona á todos los honrados asesinos que por un resultado de su idiosincracia, matan, descuartizan, tasajan, y luego dan cinco centavos al primer limosnero que tiene la buena suerte de encontrarlos. Es ya tiempo de echar abajo ese ídolo empapado en sangre humana y de bailar en torno de su cuerpo muerto, como quería Paul de Cassagnac que se bailase sobre el féretro de Thiers.

Yo jamás negaré que llorar en un drama de Zorrilla, y sentir desfallecimientos de congoja porque el canario amaneció muerto en la jaula, es una prueba de sensibilidad que honra muy mucho á las colegialas y á los comerciantes de abarrotes.

No tengo mayor empeño en que las niñas sensibleras guarden el